

baño de carneros, había alentado el espíritu de nacionalidad, el cual, unido al patriotismo, hacía que los alemanes, que los italianos y que hasta los polacos y los húngaros, soñasen en constituir sendas unidades de nación. En Italia, mas que en ninguna otra parte, había tomado este nuevo espíritu revolucionario un carácter seductor por lo poético, por lo literario y hasta por lo religioso, lo cual le había ganado las simpatías y el apoyo de gran parte de las clases elegantes y aristocráticas de la sociedad, esto es, de los que mas valían por la riqueza, por el saber y por el nacimiento. No se afirma aquí que en Italia todas las agrupaciones ó partidos que propendiesen á la revolucion estuvieran informados del mismo espíritu y apoyados en la misma doctrina filosófica. En Italia, como en las demás naciones europeas, todo linaje de liberalismo racionalista tenia sectarios; y en Italia, mas fervorosos que en parte alguna; pero en Italia tambien, como en ninguna parte, se había desenvuelto cierto liberalismo profundamente católico, cuyo predominio en el mundo, si bien duró poco, se extendió por todas partes y ejerció grande influjo. Notabilísimos escritores contribuyeron á difundir el imperio de este liberalismo y á conquistar para él los corazones y las inteligencias. Entre estos escritores descollaban dos de superior valer: el maravilloso poeta Alejandro Manzoni, que unia en sus himnos y coros el sentimiento moderno de la filantropía con el antiguo religioso sentimiento de la caridad, la idea de libertad política con la de redención cristiana, y todas las esperanzas de mejoras y de progresos con las esperanzas sobrenaturales y divinas que nuestra fe revelada ha creado y fomentado; expresado todo ello en estilo conciso, á par que lleno de imágenes, y con la frase sonora, rítmica y bella de la mejor poesía lírica de que es capaz la lengua italiana. Era el otro escritor un sacerdote y uno de los mas fecundos, espontáneos y elocuentes prosistas que ha habido en nuestra edad. Las palabras fluían de su pluma en copioso torrente, sin que su abundancia abrumase ni fatigase, porque jamás iban vacías de sentido, llenándolas él y avivándolas con el mas hondo sentimiento patriótico y humanitario, y enriqueciéndolas merced al inextinguible manantial de ideas originales que brotaba de su cerebro y merced al inmenso tesoro que su memoria guardaba. Gioberti creía que la humanidad se había apartado del camino derecho y seguía una senda extraviada, casi desde el siglo XV. La llamada reforma de Lutero, y mas aun las doctrinas filosóficas, desde Descartes hasta nuestra edad, habían hundido mas á la humanidad en su extravío. Gioberti, con todo, no quería que la humanidad retrocediese á fin de tomar otra vez el camino nuevo. Valiéndonos de un modo gráfico ó esquemático para hacer comprender mejor el pensamiento de Gioberti, diremos que, á su ver, aunque la humanidad se apartó de la verdadera senda, iba movida por el impulso de la civilización cristiana y progresaba aunque se apartaba, de suerte que, desde el punto en que se hallaba cuando Gioberti escribía hasta el punto de la verdadera senda en que estaba cuando se apartó de ella, había igual distancia por lo menos que desde dicho punto á aquel en que hubiera llegado en la verdadera senda si la hubiese recorrido. El punto, pues, en que se hallaba la humanidad extraviada y el punto en que se hallaban los pocos y escogidos que sin extravió habían progresado podían considerarse como los extremos de dos líneas que formaban un ángulo en el punto de separación ó bifurcación de ambos caminos. Gioberti no quería, por lo tanto, que la humanidad desanduviese lo andado, volviese al punto del camino derecho de donde salió, y subiese luego por dicho camino hasta el lugar donde tal vez él orgullosamente se creía. Lo que Gioberti deseaba era que la humanidad, como á campo-atraviesa y por un atajo, sin desandar lo andado y antes bien ganando terreno, viniese de nuevo á tomar el camino derecho en el punto mas avanzado que pudiese. Los dos obstáculos mayores á este plan suyo eran el de los que negaban la revelación cristiana, por enemiga de la ciencia moderna, de la libertad y del progreso, y de aquí su odio contra casi todos los filósofos de Alemania y de Francia desde Descartes hasta el día, y el de los que negaban la libertad y la ciencia moderna y el progreso humano por amor ó con pretexto de amor á la fe de Cristo, y de aquí su odio acérrimo contra los jesuitas. Esto, que de una

manera burda queremos resumir y cifrar aquí en muy pocas palabras, está expuesto y sostenido con raudales de elocuencia en su *Introducción al estudio de la Filosofía* y en otro libro suyo titulado *El Jesuita moderno*. La poderosa palanca que había de remover tantos obstáculos y con fuerza divina á emanada del mismo Dios transportar á la humanidad al camino recto, sin hacerla retroceder, era el pontificado romano. El pueblo llamado de nuevo naturalmente á dirigir la marcha del humano linaje, era el pueblo de Italia, cuyo primado afirma y sostiene en su obra mas capital y mas hermosa, *El Primado de Italia*, y cuya independencia y unidad pide y fervorosamente desea, moviendo para ello los ánimos de sus compatriotas, ya con el incienso de la lisonja al volverse á lo pasado, ya con el implacable látigo de la sátira al considerar la miseria y postración presentes, azotándolos con no menos crudeza y tan sin piedad como los habían azotado Alfieri, Parini, Leopardi, Giusti y Rossetti. Para Gioberti, el redentor, el jefe, el príncipe de la nación italiana, en la esfera del pensamiento, debía ser el Papa, jefe visible de la Iglesia católica; pero el Papa necesitaba para la acción algo como un lugar-teniente, algo como un porta-espada, que le estuviese sometido y que fuese el brazo secular de su poder inmaculado y semi-divino. Para tan alto menester volvió los ojos Gioberti, como ya otros grandes políticos los habían vuelto en edades anteriores, á la ilustre casa de Saboya, y con las propias palabras de Machiavelli á los Médicis, dijo á dicha casa: «No se debe, pues, dejar pasar esta ocasión á fin de que Italia vea aparecer un redentor, después de tanto tiempo. Yo no puedo expresar con qué amor sería recibido en todas aquellas provincias que sufren el yugo extranjero; con qué sed de venganza, con qué obstinada fe, con qué piedad, con qué lágrimas. ¿Qué puertas se le cerrarian? ¿Qué pueblos le negarian obediencia? ¿Qué envidia se le opondría? ¿Qué italiano no le prestaría acatamiento? A todos apesta este bárbaro dominio. Ponga, pues, mano vuestra ilustre casa en este asunto con aquel ánimo y con aquellas esperanzas con que se acometen las empresas justas, á fin de que bajo vuestro estandarte sea esta patria ennoblecida, y bajo vuestros auspicios se verifique el dicho del Petrarca:

Virtù contra furore
Prendera l'arme: è fia 'l combatter corto;
Che l'antico valore
Nell'italici cor non è ancor morto.

Como se ve, los pensamientos de Gioberti eran todo un sistema: independencia para la patria, lo cual implicaba una lucha sangrienta que podía llegar á tomar las proporciones de una guerra general en toda Europa; confederación y liga de todos los pueblos y príncipes italianos bajo la presidencia del Sumo Pontífice; y cambio total en las miras políticas y en la conducta de la corte de Roma, tan aliada hasta entonces, reinando Gregorio XVI, del despotismo de los poderes tradicionales, y, en gracia de la elocuencia de Gioberti, convertida en santificadora del espíritu del siglo y como en madrina del suspirado enlace de la revolución y del catolicismo.

Lo singular es que, muerto Gregorio XVI, tan poco á propósito para realizar los ensueños de Gioberti, vino á ceñirse la tiara un Papa que se llamó Pio IX, benigno, dulce y generoso; tal vez hartó enamorado de la popularidad; con grandes dotes para conseguirla, hasta los materiales de su persona, llena de blanda majestad y de noble hermosura, y fácil de seducir tambien por aquellos planes y proyectos que á la popularidad condujeran. De cualquier modo, es indudable que Pio IX, con plena conciencia ó sin plena conciencia de lo que hacía, fué el sueño realizado de Gioberti, fué el Papa liberal é italiano, fué el Alejandro III de la nueva liga, desde su advenimiento á la silla pontifical hasta poco antes de su fuga á Gaeta. Sin duda Pio IX no había previsto ni calculado las tempestades de amor y de odio que iba á promover y las inmensas complicaciones que su conducta iba á suscitar en todo el orbe. Con su condición timorata y para ciertas cosas apocada, jamás se hubiera atrevido á dar los pasos que dió y á figurar como un Mesías, de quien había sido precursor Gioberti, si hubiera previsto las consecuencias. Apenas empezó á

verlas, retrocedió espantado. Este cambio fué, en nuestro sentir, funestísimo. En Italia acabó con el partido neo-güelfo, esto es, con aquellos que creían, no solo compatibles con el pontificado la libertad y la independencia de Italia, sino estrechamente unidas ambas cosas. En contra de esta opinión se alzó pujante como nunca el partido neo-gibelino ó dígase el de aquellos que creen que todo influjo político, que toda dominación temporal y que toda intervención del Papa en los asuntos terrenos de Italia, son para Italia calamitosos; que el Papa, como sostenía Maquiavelo, jamás sería, siendo Soberano temporal, bastante fuerte para dar independencia y unidad á Italia, ni bastante débil para consentir en que otro príncipe la diese; que el Papa era quien había llamado casi siempre á los bárbaros para que viniesen á Italia, como en efecto los llamó tambien Pio IX un poco mas tarde, si es lícito calificar de bárbaros, á fin de acomodarnos á la consagrada clásica expresión italiana, á los austriacos, franceses y españoles, que ocuparon los Estados Pontificios para acabar con la república romana de Mazzini y reponer en su trono al Pontífice-rey.

Ninguno de estos inconvenientes, ninguno de estos lamentables desenlaces se veían á las claras en 1847, ni á principios de 1848; por manera que no pocos espíritus generosos, llenos á la vez del espíritu católico y del espíritu de nuestro siglo, estaban entusiasmados y rebosando de júbilo, no ya solo en Italia, sino en otros pueblos europeos y en España sobre todo. Ya hemos dicho que la fuga del Papa á Gaeta fué de un modo exclusivo para los italianos la muerte del partido neo-güelfo; pero de modo mas general y trascendental produjo un efecto de superior importancia en toda Europa: apareció como la definitiva ruptura de la última y mejor combinada conciliación entre el espíritu del siglo y el espíritu católico: apareció como el irremediable y eterno divorcio entre la razón moderna y la fe antigua, entre la revolución y la Iglesia.

Por lo pronto y cuando este fin lamentable aun no se veía, no fué en España donde con menos entusiasmo aclamamos á Pio IX. Los dos pensadores y escritores mas notables, que doctrinaban con sus escritos á la muchedumbre y que en cierto modo creaban y modificaban el ideal de los partidos, hicieron honda modificación en sus opiniones y teorías, al ver á Pio IX entronizado y al saludarle y encomiarle con amor y respeto. Eran estos hombres don Juan Donoso Cortés y don Jaime Balmes.

Don Juan Donoso Cortés era un espíritu hartó indisciplinado y amigo de especulaciones sublimes para subordinarse á un jefe y militar siempre en un partido con obediencia útil y como vulgarmente se dice, sin *descarrillar*. O bien porque le faltaran ciertas prendas de carácter, ó bien porque su talento práctico no valiese tanto como su talento especulativo, dado que no sea absurda esta distinción de talentos, ó bien porque las circunstancias entran por mucho en el encumbramiento y buen éxito de los hombres, Donoso Cortés, aunque llegó á formar secta, escuela ó semi-escuela, de la que fué jefe, jamás formó ni capitaneó siquiera, no ya un partido político activo y militante, pero ni una pequeña fracción. No consiguió lo que consiguieron otros muchos hombres que por la inteligencia, pues aunque las comparaciones sean odiosas, ya que nos hemos puesto á hacer historia, hemos de decir lo que nos parece la verdad aunque algunos se enojen, estaban muy por bajo de él. Así es que Pacheco, Sartorius, Mon y otros, han formado partidos ó semi-partidos, que se han llamado los puritanos, los polacos y hasta los monistas, y Donoso Cortés no ha formado partido alguno. En cambio, *descarrillando* á veces, saliéndose de las miras é intenciones de sus amigos, contrariando sus planes y siendo un elemento perturbador, ha enriquecido con sus teorías, ha dado vigor y lozanía con la savia de sus ideas, y ha modificado diversas veces al partido conservador en que militaba. En este partido, prescindiendo de su principal hombre de acción, Narvaez, lleno tambien de pensamiento original, aunque en estado rudimentario y caótico, lleno tambien de doctrina, aunque desatada é incoherente como las sentencias del Alcorán, los corifeos ó mas ilustres individuos eran un remedo de los doctrinarios franceses del tiempo de Luis Felipe. El espejo en que

se miraban y el dechado que querían imitar eran Guizot, Thiers y otras eminencias por el estilo, salvo cierta modificación que, en virtud de la doctrina misma, los apartaba de la doctrina. Eran doctrinarios como los doctrinarios franceses; pero, como no eran franceses, sino españoles, entendían que en España debían ser mucho mas católicos y mucho menos tolerantes, aparentando gran respeto por la religión aunque no creyesen en ella, y no consintiendo en España sobre este particular, las libertades que en Francia se consentían. Donoso, en cambio, empezó desde muy temprano á separarse en lo teórico del doctrinarismo y hasta á mostrar por él el desden mas profundo: como se ve en sus cartas, escritas desde París en 1842 y publicadas en *El Herald*. Y no se limitaba Donoso á un ataque somero; no se contentaba, valiéndose de una expresión vulgar, con andar por las ramas, sino que iba al tronco y á la raíz misma de que todo nacía y en que todo se sustentaba. La filosofía ecléctica de Víctor Cousin merecía su desprecio, por mas que admirase la claridad y el método de exposición y el talento crítico y negativo de aquel notable ecléctico. Ya en 1842 estaba Donoso sediento de afirmaciones y muy enojado contra las negaciones y las dudas. Así es que en el mismo M. Guizot, cuyo talento admiraba por lo claro y no por lo profundo, veía un espíritu negativo, que explicaba las cosas que existen, pero no las relaciones que existen entre las cosas, lo cual le parecía incompleto, falso y malo. Guizot, por ejemplo, interpretado por Donoso, creía en la coexistencia del rey, de una aristocracia y del pueblo, pero sin establecer bien la jerarquía ó relaciones armónicas entre estos tres poderes y fundando toda su política en un sistema de mutua desconfianza. De aquí que la libertad para Guizot fuese la guerra y guerra interminable que no llega á victoria alguna definitiva. De todo ello, y después de muchas mas críticas, que por prolijas omitimos, ya en 1842, Donoso se sustrae á la fécula de Guizot, y casi se somete á Bonald y á De-Maistre. Harto se comprende cuál va á ser su misión, cuál el papel definitivo que le toca representar en la escena del mundo. Va á ser un brillante Jeremías al uso de ahora, un tremendo contradictor de las revoluciones triunfantes; algo parecido, y, si tal vez no tan original, mucho mas brillante y fogoso por la elocuencia y mucho mas fuerte por el brío del estilo, que el inglés Edmundo Burke y que el saboyano conde De-Maistre. Donoso, por desgracia, aunque tenía quizás mas talento, carecía de la autoridad de sus dos ya citados gloriosos predecesores. Sus diatribas contra las libertades modernas, contra el espíritu del siglo y contra las revoluciones, hubieran tenido superior fuerza y hasta hubieran sido mas elocuentes, si para lanzarlas desde la tribuna ó por medio de la prensa hubiera salido Donoso Cortés de su aislamiento y de su severo retiro y no hubiera sido con frecuencia diputado ministerial de gobiernos, aunque mas ó menos conservadores, revolucionarios al cabo, y si de tales gobiernos no hubiese aceptado nunca el título de marqués y posiciones oficiales, brillantes y lucrativas. La gente, que en España se ocupa de política, es maleante y envidiosa; pero, algún fundamento tenía para hallar á menudo cierta cómica contradicción entre las predicaciones de Donoso, sus trenos y profecías, y su conducta práctica, hartó poco despegada de los intereses terrenos y de las circunstancias presentes, de las que no dejaba de aprovecharse deplorándolas. De aquí que muchos, en nuestro país, no le tomasen tan por lo serio como él merecía; que le compusiesen coplitas epigramáticas, como aquella que termina, anunciando su canonización, poniéndole en el calendario y llamándole

Mártir, plenipotenciario
Ex-diputado y marqués;

y hasta que le diesen el apodo ridículo de *Quiquiriquí*. Verdad es que en estas sátiras, además de su grosería, había algo de injusto, cuando se atiende á que, si bien Donoso aceptó favores y puestos oficiales de aquellos gobiernos que estuvieron mas en consonancia, y si se quiere menos en disonancia con sus doctrinas, supo conservar su independencia y jamás quiso formar él mismo parte del gobierno, lo cual le hubiera sido muy fácil; pero Donoso confesaba, sin duda con

sobrada modestia, que era incapaz de gobernar; que no podría aceptar el gobierno sin poner en lucha la una mitad de su sér con la otra mitad de su sér, y sin que su instinto combatiese á su razon y su razon á su instinto.

Otro motivo hay tambien para que Donoso fuese menos estimado en España y no llegase á cobrar altísima nombradía, hasta los últimos años de su existencia. Era este motivo el ignorante desden con que este pueblo, á quien por muchos años no se le habia permitido pensar, miraba las altas especulaciones. Así es que el apodo de Quiquiriquí era la sátira mas sangrienta contra los mismos que Quiquiriquí le llamaban; era la confesion paladina de que no entendian mas de sus discursos que del canto del gallo. La difusion del respeto que á Donoso Cortés se debe y el aumento de la gloria de su nombre han venido despues á España con el florecimiento de los estudios serios y con la afición mas divulgada é intensa á la filosofía y á otras ciencias especulativas. Por otra parte, la fama de Donoso Cortés, lo mismo que la de Balmes, tiene en España algo de repercusión ó de eco: ambas se han difundido por Francia y por toda Europa y han vuelto á España sublimadas por el aplauso de las mas civilizadas gentes extrañas, severas y desdeñosas por lo general con nuestros autores.

Estamos poco antes de la revolucion de 1848 y de todos aquellos pavorosos y grandes acontecimientos que van á dar el mas fuerte impulso al talento de Donoso Cortés y á marcarle una direccion recta y segura. En esta direccion iba caminando ya, pero con vacilaciones. La última que tuvo, haciéndole volver en cierto modo al liberalismo, con algo de las ideas *giobertianas*, fué, segun hemos dicho, al contemplar á Pio IX coronado de la tiara.

Muchas veces hemos de hablar todavía de Donoso Cortés. Aquí nos cumple solo hablar de sus bellísimos artículos sobre Pio IX, publicados en *El Faro*, en 1847. Lleno nuestro poético pensador de entusiasmo y de amor por el catolicismo y por Pio IX, su pontífice sumo, escribió una obra elocuentísima donde palpitan los mismos sentimientos de Gioberti; donde vive la creencia consoladora de que el espíritu del siglo y el espíritu católico son uno. «Ninguna de las ideas fundamentales y constitutivas de la civilizacion moderna tienen origen filosófico: dice Donoso Cortés. Todas proceden de la religion cristiana. La idea de fraternidad, la idea de libertad y la distincion á independencia recíproca de la potestad civil y de la potestad religiosa, así como el conjunto de consecuencias que procede de estas verdades, todo es obra del cristianismo. La democracia lo mismo que la monarquía son revelaciones del cielo; la una se funda en la unidad de nuestro linaje y en la igualdad de los séres humanos: la otra, en el concepto de Dios omnipotente. Los hombres que creen en Jesucristo son iguales y libres y obedecen siempre á Dios y nunca obedecen al hombre. Mas ni por eso pierde el hombre su libertad, porque Dios la respeta profundamente, y, segun el sagrado texto, la mira *cum magna reverentia*, poniéndola por límite de su propio poder y dividiendo con ella el imperio del mundo.»

En todos estos artículos en elogio de Pio IX, en medio de los magníficos elogios del catolicismo, se respira un soplo de ideas liberales y de esperanzas infundidas por Pio IX. Verdad es que Donoso Cortés persiste en hacer cierta nebulosa distincion entre la libertad católica y la libertad revolucionaria; pero, en medio de lo nebuloso, bien se nota el deseo y hasta la esperanza de una conciliacion entre el espíritu católico y la misma revolucion, que en cierto modo Donoso aplaude y celebra, porque vino á echar por tierra *las monarquías corrompidas y decrepitas* y á derribar los alcázares consagrados á sus zambras y festines y á llevarse los afeites y los unguentos con que las mujeres perdidas, cortesanias de los reyes, se untaban las caras arrugadas y marchitas mas bien por los excesos que por los años. Resulta de aquí que, para Donoso, la revolucion, si bien fué obra del infierno, porque eran impíos los revolucionarios, fué obra útil y hasta divina en sus resultados y fines, ya que barrió toda la inmundicia de los tronos, soltando en diluvio sobre ellos *las cataratas de la democracia*. Lo que lamenta, pues, en realidad Donoso, no es la

democracia, ni su triunfo, sino la ingratitud de la democracia victoriosa que acusó de absolutista á la Iglesia; á ella, que habia lanzado sus anatemas invencibles contra todos los tiranos; de aristocrática, á ella que habia predicado la igualdad y la fraternidad; y de retrógrada, á ella que habia amamantado á la libertad con sus fecundísimos pechos. Lo conveniente, pues, no es que desaparezcan la revolucion y la democracia, sino que se arrepientan de su ingratitud y se unan con la Iglesia. Tambien la Iglesia misma, segun Donoso, aunque lo dice con todo el respeto debido, tiene que arrepentirse de una gran falta: de haberse apoyado, siendo firme y eterna, en las potestades humanas: en los tronos que son efimeros y deleznales. «De esta conviccion, añade Donoso, nació y creció ese gran partido que está dispuesto á renunciar en nombre de la Iglesia á todas las alianzas y á todos los protectorados por reconquistar su libertad primitiva; libertad augusta, libertad santa, que ha de llevar la Iglesia del Señor á todos los confines del mundo, que ha de entregar libremente tendidos á sus piés á todos los pueblos, y que ha de poner la cruz en las mayores alturas para que la adoren las gentes. Esta opinion, por no decir ese partido, ha subido al pontificado con Pio IX, y, al encarnarse en su santísima persona, se ha encarnado en el mas eminente de todos los príncipes y en el mas augusto de todos los hombres.»

Si esto no es hablar por hablar, lo cual seria indigno de Donoso, á pesar de todas las salvedades y distinciones y declamaciones enérgicas contra la revolucion atea y mundana, todos los trozos que hemos citado vienen á ser el encomio y el anuncio de la democracia y del advenimiento de la revolucion purificada, limpia, y recibiendo nombre santo en las fuentes bautismales de la Iglesia. Todo el tono del resto de la obra de Donoso confirma nuestro juicio: sus censuras contra el Austria y su despotismo; su simpatía por la heroica Polonia; su elogio á Francia, á quien llama «tierra fecundísima, en donde han germinado todas las ideas emancipadoras de los pueblos;» y hasta su crítica, en otro concepto, de esta misma Francia, porque se ha entregado «á las clases medianamente acomodadas, las cuales tienen en poco las gloriosas aventuras de los patricios heroicos, y llaman insensatez y locura á las aspiraciones inmensas que suelen tener las democracias en sus sublimes arrebatos.» Donoso Cortés, por consiguiente, como gran poeta que era, enamorado, no solo del catolicismo, sino de todo lo bello y lo grande, se convierte aquí, sin poderlo remediar, en demócrata y en revolucionario, aunque *á lo divino*, si se nos permite valernos de esta expresion, que se empleaba para designar cierta clase de comedias de nuestro antiguo teatro, donde figuraban ángeles y otros séres sobrenaturales y donde eran protagonistas santos y santas que incurrian en los mismos errores y cometian los mismos ó mayores pecados que los demás mortales.

El otro hombre eminente que, segun hemos dicho, se inclinó hácia el liberalismo ó manifestó esta inclinacion de un modo mas claro, despues del advenimiento de Pio IX, fué el presbítero don Jaime Balmes. Entonces, si como algunos sostienen no cambió, se descubrió lo bastante para dar á conocer á sus detractores, los absolutistas intransigentes, que no era un hombre de su clase y que comprendia de otro modo que ellos el dogma político. Tambien Balmes, como Donoso, saludó en un elocuentísimo escrito, la subida al trono del pontífice liberal. No era la libertad lo que Balmes queria proscribir del mundo, sino el ateísmo revolucionario. Si la inteligencia, separada de la fe, le parecia nociva, tampoco veia civilizacion donde no hubiera inteligencia y hasta desenvolvimiento y mejora en los intereses materiales. Por eso, sin duda, definia Balmes la civilizacion «la mayor suma de moralidad, la mayor suya de inteligencia, la mayor suma de bienestar en el mayor número posible de séres humanos.»

Por desgracia, ya que no el entusiasmo de Donoso, el entusiasmo de Balmes por Pio IX, hizo patentes la intransigencia y hasta la ferocidad mental de los absolutistas españoles, quienes, lo mismo que el Austria y lo mismo que el despótico Rey de Nápoles y sus cortesanos, no vieron en el nuevo Papa, durante el primer periodo de su reinado, sino un Robespierre con tiara, merecedor de ser declarado antipapa y arrojado

del solio. Contra Balmes, porque defendia á Pio IX, asestaron toda clase de libelos infamatorios; y hasta puede decirse que esta persecucion moral amargó cruelmente la vida del sacerdote filósofo y publicista, y aceleró su prematura muerte.

El mismo Narvaez, ya en el poder, se dejó llevar de la corriente y del aliento inspirador de liberalismo que manaba del solio del nuevo pontífice, y en todos sus actos procuró demostrar que no queria mal á los progresistas; á Espartero le recibió en Madrid con grandes muestras de deferencia y cariño; y hasta hizo concebir en no pocos la esperanza de que pudiera realizarse en el poder el turno pacífico de los conservadores con los partidarios del progreso.

Otra gran prueba de liberalismo dió además Narvaez, aplaudiendo y celebrando la revolucion triunfante en Nápoles, que al grito de viva Pio IX y cantando su himno, como entre nosotros hubiera podido cantarse el de Riego, habia arrancado el escudo de la legacion de Austria, le habia arrastrado por el fango, le habia quemado en una hoguera, y habia obligado al Rey Borbon, Fernando II, á dar una constitucion li-

beral á su pueblo. Los revolucionarios napolitanos, en la embriaguez de su triunfo, habian querido fraternizar con España, habian acudido en grandes turbas bajo los balcones de nuestra embajada, y el duque de Rivas, que era embajador á la sazón, les habia dirigido un brillantísimo y aplaudido discurso, por su triunfo sobre el Rey. Todo esto, por último, habia sido aprobado por Narvaez.

Tal conducta del jefe de los conservadores y de su gobierno halló desde luego grande oposicion en los conservadores mismos y singularmente en don Pedro José Pidal, los cuales calculaban ya ó preveían que la revolucion iba á extenderse por toda Europa y á tomar carácter muy serio y temeroso, por donde convenia mas armarse de fortaleza que de templanza.

No tardó mucho en dar, en cierto modo, razon á Pidal y á sus compañeros, la terrible revolucion francesa del 24 de febrero que echó por tierra el trono de Luis Felipe, que conmovió á toda Europa, y que lo menos que pudo hacer en España fué modificar profundamente á los partidos políticos en sus aspiraciones y doctrinas.

LIBRO DÉCIMOQUINTO

EL DOMINIO DE LA REACCION HASTA EL PRONUNCIAMIENTO DE 1854

CAPITULO PRIMERO

Dictadura de Narvaez en 1848

El primer efecto de la revolucion francesa de 1848 fué en España en cierto modo contrario á la revolucion, dividiendo á los progresistas en dos bandos. Los pacíficos, ó por ser mas templados en sus opiniones ó por ser de mas edad, circunspeccion y prudencia, llenos de terror por el republicanismo, decidieron oponerse á toda conspiracion y á todo movimiento. Cortina, Madoz, Infante, Sancho y Mendizabal, eran los mas notables de los que observaban esta conducta. Por opuesto camino se lanzaron otros, entre quienes descollaban Orense y don Nicolás María Rivero, pudiendo decirse que con este cisma del partido progresista, al parecer en la conducta solo, hubo en él marcada division, apareciendo, aunque en germen, el partido radical ó demócrata.

Entre la gente de accion que deseaba revolucion á todo trance figuraba un hombre de gran valer por la energía de su carácter, por su extraordinaria actividad, y por su serenidad y despejo. Sin duda á este hombre, que tenia no comunes condiciones para encumbrarse y hacer papel en España, le faltaban dos muy esenciales: ideas fijas en política ó por lo menos una pasion política constante y decidida que supliese la falta de fijeza en las ideas. El coronel don Joaquín de la Gándara, que es la persona de que hablamos, era instintivamente liberal con el liberalismo que antes mas que ahora entraba en el alma de aquellas personas que viajaban por países extranjeros, contemplaban su mayor cultura, así moral é intelectual como material, lo comparaban todo con nuestro atraso y pobreza, y tanto de la pobreza como del atraso echaban la culpa al largo despotismo que habíamos sufrido, por lo cual le aborrecian y no querian dejar de él ni rastro ni huella. Este modo de ser liberal tiene una innegable ventaja; la libertad se estima en lo que es y vale como medio absolutamente preciso, pero como medio para lograr un fin, lo cual presupone dos creencias importantes; una, la de la perfectibilidad humana; otra, la de cierta infalibilidad en la muchedumbre, en virtud de la cual propende á lo bueno, si se le deja libre; pero Gándara, que sentia y pensaba así, aunque vagamente, si bien con la viveza y brio que siempre tuvo y que ponía en todo, no creemos que haya

tenido nunca doctrinas mas determinadas y concretas, y de su misma pasion política se ha distraído y olvidado con frecuencia, llevado de otros afectos y aspiraciones ó empeñado en otras empresas y engolfado en otros propósitos. De aquí que, teniendo en sí tanta capacidad, haya hecho siempre secundario papel en política. Entonces, no obstante, Gándara fué el centro de la conjuracion. Le secundaban don Manuel Buceta, don Francisco Serrano Bedoya, don Victoriano Ametller y otros, casi todos militares.

Lo primero que hizo Gándara fué ponerse en comunicacion con el gobierno republicano de Francia y tratar de ganarle para su empresa. Armando Marrast recibió muy bien á los enviados de Gándara, pero de nada les valió. Empeñada ya en Francia la lucha contra la demagogia y el socialismo, el gobierno francés tuvo que hacerse algo conservador y desechar toda idea de propaganda.

Limitado Gándara á sus propios recursos, no desmayó y llegó á reunir hasta seiscientos oficiales que estaban en Madrid de reemplazo con paga cortísima y con mucho aliento y deseo de aventurarse en cualquier empresa. Por medio de estos oficiales no parecia difícil seducir á muchos cuerpos de los que daban guarnicion á esta villa y corte.

De armar y de proveer de municiones á los conjurados se encargó el infatigable don Ricardo Muñiz, comprando fusiles y pólvora, fabricando cartuchos y preparándolos y disponiéndolos todo con el mayor sigilo. Cuando todo se disponia así, don José María Orense, que por otra parte habia tambien trabajado, acudió á ponerse y se puso de acuerdo con Gándara, en una reunion que tuvieron los principales conjurados el 24 de marzo, y resolvieron que el movimiento insurreccional se realizase el 26. Gándara queria retardarle aun algunos dias, pero no pudo retener la impaciencia de Orense y de los que venian con él. Así fué que, hasta para reunir las municiones y las armas, que estaban muy esparcidas, fué menester emplear suma diligencia y cuidado, lográndose todo, merced á la actividad de don Ricardo Muñiz y de don Juan Antonio Rascon, que en aquel momento prestó eficaz auxilio.

Narvaez sabia que se conspiraba, pero no fijamente el modo, el lugar y las circunstancias de la conspiracion. Sabiéndolo, sin embargo, aun no queria apelar á la fuerza. Quería gobernar suavemente. Esperaba de buena fe el turno pacífico